

ABC DE SEVILLA

22/01/2022

TRIBUNA ABIERTA

Antonio Narbona

Costurero, no; modisto

Si la lengua no puede anticipar ni acelerar los cambios sociales, no es la culpable de la resistencia al uso común de arquitecta, ingeniera, notaria...

LAS discusiones sobre si hay que designar o no «en femenino» a la mujer que ejerce ciertas profesiones u oficios o tienen una afición, suelen terminar como el rosario de la aurora. No creo que los partidarios del sí piensen que así se acabará con la desigualdad. La cosa se ha complicado, pero, como no parece vayan a prosperar iniciativas como la de la actual Ministra de Igualdad (**todes les chiques del pueblo quieren ser arquitectes o ingenieres*), que, por cierto, no es válida para el catalán, donde tal vocal marca el femenino (*Som dones, som lingüistes, som moltes i diem prou* se titula una publicación en la que 70 mujeres lingüistas llegan a la conclusión de que el lenguaje inclusivo nada va a aportar al igualitarismo), me limitaré a la dicotomía «tradicional» (*ensor/a*).

Recientemente, en una relajada conversación, una *médica*, al referirse a la indignación que le producía que se dirigieran a ella como *médico*, hizo saltar una chispa que, a juzgar por cómo fueron subiendo los decibelios, provocó un «fuego» que parecía no del todo figurado. Siempre que se trata del «machismo» de nuestro idioma, los turnos de palabra no tardan en dejar de respetarse, así que opté por contribuir a que la sangre no llegara al río y las aguas volvieran a su cauce, es decir, a que el agotamiento acabara apagando el ardor. Es lo que ocurrió.

Sólo los animales racionales podemos acalorarnos por tal asunto. Los *lince*s o *gorilas* y las *jirafas* o *panteras* nunca se van a mosquear (a las *moscas* también les «trae sin cuidado») porque no los/las nombremos como machos o hembras. Acabo de leer en un anuncio «si queréis disfrutar de vuestras vacaciones acompañados de vuestro *perro* o de vuestra *perra...*», pero no veo que preocupe gran cosa a los dueños aclarar que les gustan más (o sólo) las *perras*. El varón

calificado de *rata* (‘persona despreciable’) no se ofende más que si se le llama *iburro*! sólo porque el primer término sea femenino.

Poner en circulación palabras o acepciones nuevas es fácil. El presidente del Gobierno acaba de anunciar que tiene un plan para *gripalizar* el Covid, algunos periodistas empiezan a llamar *alertador(es)* a las fuentes de información de toda la vida, en Colombia las *chuzadas* (las tres últimas letras aluden al organismo estatal Departamento Administrativo de Seguridad) tienen unas consecuencias que no son las de unos simples pinchazos telefónicos o escuchas ilegales... En el *Diccionario* ingresan continuamente expresiones, lo acaba de hacer *rebujito* (ya estaba *rebujina* ‘alboroto, bullicio de gente del vulgo’), aunque el vino no se *rebuja* (‘envolver o cubrir algo’), sino que se *rebaja*.

Pero «inventar» unidades gramaticales es misión casi imposible. Que se lo digan a los hablantes de francés, donde la pretensión de introducir un pronombre *iel* -amalgama del masculino *il* y el femenino *elle*- ha desatado tal polvareda mediática, que ha terminado convirtiéndose en objeto de mofa.

Siempre ha sido menos empleada la primera acepción de *costurero* (‘persona que tiene por oficio coser’) que las demás (‘caja para guardar los útiles de costura’, ‘cuarto en que se cose’), no sólo porque no ha habido muchos hombres que cosan (Santa Lucía es patrona sólo de las *costureras*), sino porque prefieren ser considerados *modistos* (y eso que en el *Diccionario* únicamente consta *modista*) vinculados a la «alta» costura, a lo que hasta hace poco no podían aspirar las *modistillas* ‘de poco valor en su arte’ (¿alguien ha oído *modistillos*?).

Si la lengua no puede anticipar ni acelerar los cambios sociales, no es la culpable de la resistencia al uso común de *arquitecta*, *ingeniera*, *notaria*... Ni de que no se difunda *soldada rasa* (título de un libro de mi amigo Pablo Gutiérrez-Alviz), pese a que ya no son escasas en el ejército. A lo mejor las *camioneras*, aún en minoría, meten la cuarta marcha y toman la delantera. Al igual que tampoco es responsable de la inclinación a prescindir de algún femenino, como *poetisa*. A quienes tanto chirrió –con razón- lo de *jóvenes y jóvenes* (con lo que, por supuesto, no se buscaba equiparar a los que están en la edad «divino tesoro» con *ancianos y ancianas*), nada extraña, en cambio, que haya que «engañar» al procesador de textos para que no convierta la o final de *periodisto*, *artista* o *futbolista* en una *a*.

No, no se va a acabar con el «binarismo» de género desterrando «el uso del masculino como término no marcado». Lo de *el hombre es*

mortal vale para *todos* y *todas* (y **todes*). El indiscutible objetivo de erradicar toda discriminación -no simplemente hacer más «visibles» a las mujeres- no se va a lograr con contradictorias iniciativas morfológicas que, además, parten de instancias que pretenden actuar al margen de los usos del lenguaje, que somos todos. Además, no se puede estar «a(l) dios (académico) rogando (que intervenga), y con el palo dando (a cualquier sugerencia normativa)».

Antonio Narbona es Catedrático Emérito de la Universidad de Sevilla